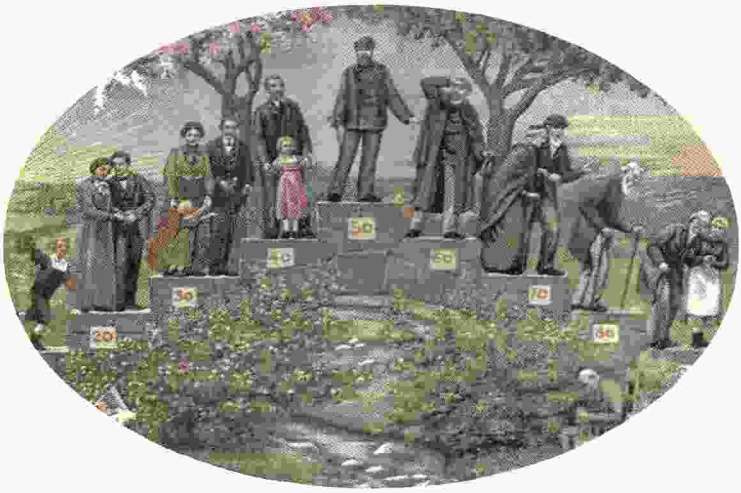
Las edades de la vida*



* Revista *Credencial-Historia*, 129, Bogotá, septiembre 2000.

Hasta hace pocos años se encontraba en los mercados una estampa alegórica sobre las edades de la vida. Aunque muchas veces no traía pie de imprenta, se la conocía como la "Escalera de la Vida". Los orígenes de esta imagen son muy antiguos, tal vez medievales. Entre los siglos XV y XVII fue muy representada en Europa y América, tanto en lienzos como también esculpidas en los capiteles de las iglesias. Sin embargo, su popularización ocurrió en el siglo XIX con la tipografía y la litografía.

Se trata de una escalera de nueve escalones, que asciende por el lado izquierdo y desciende por el derecho. En el inicio de la escalera se encontraba una cuna con un bebé, y en el primer escalón había un niño que iba creciendo a medida que ascendía por la escalera. A partir de allí, a medida que desciende, se muestra su envejecimiento. Junto al último escalón hay un hombre que agoniza en su lecho y que es disputado por el demonio y el ángel guardián.

No cabe duda, que se trata de una idea moral de la existencia humana. Bajo el arco de la escalera, a manera de un ojo de puente se representa, en un costado, el mundo celestial: Dios con un grupo de ángeles en vuelo; en el otro está un demonio armado de una guadaña. También aparecen representaciones imaginadas del juicio final.

La Escalera de la Vida ofrece en primer lugar la idea incontrastable de la brevedad de la vida humana, de su finitud. Hay un ciclo que inexorablemente une la vida con la muerte; al final, podría decirse, todos moriremos. Pero, la suerte de cada uno dependerá de la vida que haya llevado. En algunos casos, la

"Escalera de la Vida" es una representación de los vicios y las virtudes, pues los personajes de cada nivel de la escalera muestran comportamientos: unos son niños obedientes, jóvenes diligentes, esposos y padres cariñosos y dedicados a su hogar; otros son niños traviesos, jóvenes vanidosos, esposos y padres irresponsables, muchas veces alcohólicos. Es previsible que los primeros vivirán rodeados de los suyos, tendrán gozos y satisfacciones e irán al paraíso; y los segundos terminarán solos, harapientos y abrasados por las llamas del infierno. A veces los personajes varones de la escalera representan las profesiones rutilantes del siglo XIX. Por sus trajes sabemos que son abogados, militares o gobernantes. Si la escalera enseña el nacimiento y la muerte como dos momentos claves de la vida, también resalta el bautismo, la primera comunión, el matrimonio y la extremaunción, como sustanciales ritos cristianos. La estampa de la Escalera de la Vida ya no se ve más, pero es indudable que con su gravedad y patetismo daba una idea de la vida casi perfecta, de un mundo estable e inmóvil, sólo regido por la vida y la muerte, por Dios y el Diablo. El propósito de este artículo es establecer distintos puntos de relación entre esta imagen y la vida y la idea que se tenía de la infancia, la juventud y la ancianidad en la época colonial.

La infancia

La verdad es que hasta comienzos del siglo XX, o un poco después, la vida era demasiado frágil. Nacer era un milagro, superar los primeros años de la infancia, una excepción, y cumplir los 50 años, algo inusual. A consecuencia de las precarias condiciones higiénicas y sanitarias, muchos niños fallecían al nacer o en sus primeras semanas. También, muchos sucumbían en su infancia, víctimas de epidemias. El parto mismo constituía un momento crítico, lleno de mucha ansiedad. En España y en América fue muy socorrida la devoción a la Virgen del Buen Parto y a San Ramón Nonato. Las parturientas, conocedoras

de cuántas mujeres fallecían al dar a luz, rezaban, encendían cirios y hacían promesas angustiadas. Incluso, familias adineradas acostumbraban pagar un sacerdote para que celebrara una misa en casa, mientras ocurría el parto de un hijo. San Nicolás, uno de los santos más populares del mundo cristiano, pervivió hasta cuando las órdenes religiosas lo reemplazaron en sus colegios por sus propios patronos. San Nicolás fue el santo protector de los niños y los estudiantes. Aunque probablemente, más que él, entre nosotros tuvo mayor acogida la devoción al Niño Jesús.

Fueron las órdenes carmelitas, tanto de hombres como de mujeres, las que difundieron su imagen y devoción. Si la infancia fue representada en la pintura barroca, fue sobre todo a través de la imagen del Niño Jesús. De esta forma, se difundió una idea de dulzura y virginidad del niño. Distintas hermandades y cofradías incrementaron la importancia de esta devoción, que encontró en pesebres, villancicos, estampas, escapularios y relicarios sus medios de difusión. Cabe recordar que en Colombia, además de la devoción popular al Niño Jesús, existe en forma espectacular una al Divino Niño. Hermana de estas devociones es la del Ángel Guardián. Según la Iglesia, todos tenemos un ángel guardián, pero especialmente los niños, que permanentemente están expuestos al peligro. Contemporáneos a los ex votos, las pequeñas pinturas de gratitud, en lienzo o en madera, surgieron las representaciones del Angel de la Guarda, figura protectora que ayuda a un niño a cruzar un puente o lo salva de rodar por un peñasco. El Ángel de la Guarda es, sin duda, un personaje doméstico, de características contemporáneas.

Junto a esta religiosidad protectora de la infancia, existieron distintas tradiciones populares, a medio camino entre la medicina y la hechicería, que buscaban mitigar la muerte y el dolor de los niños. Una de las creencias más antiguas que pervive hoy día es la del "mal de ojo"; según esta creencia popular, los niños,

especialmente los varones, estaban expuestos a la fuerza misteriosa de algunas miradas que producían enfermedades incurables. Al parecer, ciertas personas poseían el poder pernicioso de dañar lo que les rodeaba, muchas veces sin ellas saberlo, en este caso la sola mirada a un niño podía postrarlo hasta morir. Para prevenir el "mal ojo", en Italia, España y América, las madres acostumbraban poner un collar de piedras de ébano, coral o ámbar a los recién nacidos. Muchas veces estos amuletos tenían la forma de una mano cerrada. Desde Galicia se difundió uno, llamado figa o higa, que es una mano cerrada, mostrando el pulgar entre los dedos índice y corazón, indicando desprecio y protección ante el mal inminente.

Así mismo, existían distintos ritos realizados por mujeres que no lograban quedar embarazadas. Un rito de fertilización muy tradicional era bañarse en aguas termales. En otros casos se recomendaba alimentarse con gallinas, que han gozado de una reputación universal por su facilidad para poner huevos. También se recomendaba a los recién casados tomar miel, con la esperanza de que se les pegara la fecundidad de las abejas. Finalmente, en cada lugar había distintas formas de descubrir el sexo de los bebés próximos a nacer. En Antioquia había la costumbre, que aún pervive en algunos pueblos, de suspender una aguja sobre la mano abierta de la madre. Según se moviera la aguja se sabía si sería niño o niña. En el Cauca, se preguntaba de improviso a la madre: ¿Qué tiene en esa mano? Y si al mostrarlo volvía la palma hacia arriba, daría a luz una niña, y niño si mostraba el dorso.

No cabe duda de que en el pasado los niños eran deseados y, en cierta medida, protegidos. Pero la facilidad con que morían hacía que la gente no invirtiera afecto en ellos. Además, la infancia era una edad muy corta. Demasiado rápido, los niños eran integrados al mundo de los adultos, a sus trabajos. Jorge

Bejarano, gran médico y humanista, forjador de la pediatría en Colombia, observaba, a comienzos del siglo XX, que en Colombia la infancia duraba seis años, mientras que en Estados Unidos alcanzaba 14. El gran cambio de mentalidad con relación a la infancia ocurrió a partir de dos hechos: 1) En el momento en que la muerte de los niños no pudo seguir siendo imputable a la fatalidad, los familiares, y en especial las madres, se sintieron obligados a hacer todo lo posible por su vida; el sentimiento de culpabilidad se convertiría en uno de los componentes del arte de ser padre y en uno de los motores de la medicalización definitiva de la infancia. 2) Cada vez se consideró más necesario para la formación de la persona y para la riqueza de la sociedad que los niños fueran a la escuela. Enormes contingentes de infantes fueron conducidos a escuelas públicas y privadas, donde junto a otros niños pasaban años sustanciales de sus vidas. Esta decisiva transformación cultural ocurrió entre 1880 y 1950. La Pedagogía y la Pediatría, dos disciplinas modernas, deben su desarrollo al intenso sentimiento de la infancia que hoy vivimos.

La juventud

Desde cierta perspectiva, la juventud no deja de presentársenos como una "edad oscura", debido a la falta de independencia económica de los jóvenes. Es cierto, en muchos casos, que la migración o la práctica de un oficio les permitía alguna figuración. En un mundo poco individualista, las personas eran conocidas por su rol dentro de la familia, y los que representaban algo eran los cabeza de familia, que monopolizaban las relaciones con lo público: ejecutaban contratos, asistían a reuniones de vecinos en la iglesia o en la alcaldía y mantenían el orden de la casa.

Una fase inicial de la juventud era la mocedad. Los mozos eran los mandaderos, mancebos y lazarillos de todas las casas.

Los mozos no tenían gran entendimiento, pero ejecutaban las innumerables tareas que requería la sociedad preindustrial. Estos mozos eran nuestros actuales adolescentes. Sólo que esta adolescencia hoy se desenvuelve en el colegio, gracias a lo cual se ha extendido en forma inimaginable. Los mozos del pasado eran personajes llamativos de las ciudades y como tales fueron registrados por pintores como Brueghel, Murillo, Velásquez y Goya. Fatigados por las tareas o distraídos en juegos, los mozos no suscitan ninguna inquietud sobre su sensualidad o su malicia. Hechos que serán explotados por la fotografía y el cine posteriormente.

Desconocemos la existencia de ritos de paso de la mocedad a la juventud. Un punto de referencia fundamental de la juventud en el pasado era el matrimonio. Los documentos hablan de los mozos y las mozas casaderas, es decir, de quienes estaban en disposición de tomar estado. Aunque la edad de matrimonio podía retrasarse, lo cierto es que muchas mujeres se casaban a partir de los quince años, y de diecisiete los hombres. Una vecina de Medellín, por ejemplo, recomendaba a los padres, en 1786, que casaran a sus hijas "mientras tienen buen parecer, pues no son hiervas del prado que vuelven a reverdecer". La facilidad para contraer nupcias tenía que ver indudablemente con la condición social: en el caso de las mujeres, de ofrecer una dote, y en el de los varones, de merecerla. Este aspecto, que he tratado en otros escritos constituía un juego sumamente sutil, del que muchas veces estaban excluidos los jóvenes. Una buena dote, por ejemplo, podía disimular defectos físicos o anteriores desarreglos, por muy públicos que hubiesen sido. Tal parece que, entre otros aspectos, los padres preferían para yerno a un "hombre mozo, de pujanza y determinado", frente a los de poco ánimo e iniciativa. En el caso de la mujeres, valores como la doncellez y la pulcritud eran importantes. Aunque dada la dureza de la vida y la importancia de los hijos, la salud de la novia era

más relevante que la belleza. O mejor, la robustez y las formas abundantes en la mujer determinaban el código de belleza femenina.

Pero, cabe la pregunta: ¿Había una sociabilidad juvenil autónoma, y a la vez permitida por la sociedad? Fue en el siglo XVIII cuando se volvieron costumbre las reuniones juveniles después de la misa dominical, en las fiestas de toros y mascaradas. Era en esas ocasiones cuando la picardía juvenil surgía en forma de piropos, y cuando los más lanzados hacían sus cortejos y declaraciones. Muchas promesas de matrimonio, con intercambio de sortijas o pañuelo incluido, ocurría antes de informar a los padres. No obstante, fue a finales de ese siglo cuando empezaron a manifestarse los rasgos de una juventud moderna. Las tertulias literarias, especialmente la llamada el Arcano de la Filantropía, fueron grupos en los que la búsqueda de nuevos saberes condujo a descubrir un sentido desconocido de la amistad masculina. Amistades y solidaridades que se afirmarían en la épica de la Independencia. No hay figura juvenil más duradera de nuestra historia que la del héroe sacrificado.

La vejez

Hasta hace muy poco la vejez tuvo una valoración muy negativa. Tal vez, porque siempre se la asoció a la enfermedad, a la decadencia física. Ya desde el siglo XVI se había hecho corriente entre los médicos la idea de Aristóteles de que las fuentes de la juventud, el calor y la humedad, eran sustituidos en la vejez por la frialdad y la sequedad. Esta realidad provocaría cierto desprecio hacia la vejez, incluso la burla. Mateo Alemán, en su clásico La vida de Guzmán de Alfarache, presenta una imagen tremendamente pesimista de la vejez. Los viejos van, dice, "luchando a brazo con la muerte, la sepultura en medio (...) Ya se les ha notificado la sentencia y (...) se van despidiendo de

todas las cosas a que más afición han: del gusto, del ensueño, de la vista, del oído, y le hacen notificación por horas el riñón, la ijada y la orina; el estómago se debilita, enflaquece la virtud, el calor natural falta, la muela se cae, duelen las encías, que todo esto es caer terrones y podrirse la madera de los techos y no hay puntales que tengan la pared, que falta desde el cimiento y se viene al suelo la pared". Otros condenaron la lascivia y los amoríos en la vejez. Los médicos los censuraban como un derroche del poco líquido del cuerpo, y otros, como un gesto inútil de demostración de virilidad juvenil. Aunque, a juzgar por la vida que la gente lleva en la época colonial, poca atención prestaban los ancianos a unos y a otros. El matrimonio y los amoríos de hombres adinerados rayando en la vejez con jovencitas, más que un accidente, parecían constituir un auténtico gusto. Sin embargo, la visión que se tenía de la vejez muchas veces parecería ser contradictoria. Los sentimientos de respeto hacia el anciano son constantes. No sólo los predicaban la Iglesia y las autoridades, sino que eran compartidos por todos. Popularmente eran conocidos muchos refranes que confirmaban este sentimiento: "el buen consejo mora en los viejos", "buen consejo el del buen hombre viejo". Sin embargo, una buena vejez debía prepararse a lo largo de la vida. Una buena o una mala vejez eran resultado de la vida, tanto física como moral, que se hubiera tenido. A falta de espacio comentaré una de las obras morales que habló en forma precisa e incisiva sobre la vejez, y que tuvo gran difusión en las colonias hispánicas. Se trata del Criticón (1657), del jesuita Baltasar Gracián. En ella, dos personajes, Critilo y Andrenio emprenden un viaje hacia el imaginario país de Vejecia. Vejecia semeja un edificio caduco como el organismo de un anciano, "cuya mitad estaba caída y la otra mitad por caer". Critilio y Andrenio descubren que había una Vejecia de los honores y una de los horrores. La primera era un premio para aquellos que habían llevado una vida de virtud, de valor y templanza; la segunda,

un castigo de dolores para quienes habían entregado sus vidas a la sensualidad y la obscenidad. El Criticón del padre Gracián trazó la pauta de conducta en la vejez; toda la energía e intereses de los ancianos debían orientarse a preparar su vida después de la muerte, abandonando todo deseo y comportamiento que no fueran propios de su estado. Los pensamientos de Gracián fueron el núcleo de la prédica de muchos pastores de la Iglesia, pero también de las confesiones testamentales de quienes estaban cercanos a su muerte.

Bibliografía

Ariès, Ph., El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. Madrid: Taurus, 1987.

Candilis-Huisman, D., Naitre et aprés? Paris: Gallimard, 1997.

Casas Gaspar, E., Costumbres españolas y americanas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte. Madrid: Escelicer, 1947.

González-Hontoria, G., El arte popular en el ciclo de la vida humana: nacimiento, matrimonio y muerte. Madrid: Testimonio, 1991.

Gracián, B., El Criticón. Madrid: Espasa-Calpe, 1971.